

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Lluís Juanós, monje de Montserrat
22 de junio de 2008
Jr 20, 10-13 Rm 5, 12-15 Mt 10, 26-33

Hermanas y hermanos: Después de la elección de los doce, Jesús los envía a predicar y los instruye. Les advierte que posiblemente sufrirán persecución y les da algunos consejos sobre cuál tiene que ser su actitud: *«No tengáis miedo a los hombres..., a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No; temed al que puede destruir con fuego alma y cuerpo»* (Mt 10,28). Es un relato que desarrolla el tema de la persecución por causa de Cristo con un estilo que recuerda la última de las Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña: *"Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo."* (cf. Mt 5,11).

Ante la misión que Jesús propone a los discípulos no hay ambigüedades posibles. Jesús habla claro y prevé las muchas dificultades que supondrá hacer una cosa nueva, un mundo nuevo, una revolución pacífica del corazón y de la mente. Pero el primer obstáculo a vencer es el miedo: "No tengáis miedo". Unas palabras que Jesús dirige a sus discípulos en diversas ocasiones y que son también las primeras que escuchan las mujeres cerca del sepulcro, la mañana de Pascua.

Cualquiera de las frases y pensamientos que Mateo nos ha dejado en esta página de su evangelio nos dice bien claro que Jesús es muy consciente de lo que supone ser testigo del Reino, vivir en cristiano, diríamos hoy, tomarse seriamente el Evangelio.

El escritor Blai Bonet, en un fragmento de su libro "El evangelio según uno de tantos", en un diálogo, ficticio pero bien real, entre Jesús crucificado y un joven de 18 años, pone en labios de Jesús estos pensamientos: *"Todo es posible, menos ponerte públicamente de parte mía sin que te pase nada. Si nada te pasa, es que de tu vida has hecho prudencia, filosofía, letras. Mira como doy la vida, en un visible dispendio de las capacidades de sufrir, y compáralo con los grandes discursos de los teólogos. Si tienes miedo, es porque no sabes qué te pasará. Y si no sabes qué te pasará, es porque todavía no has escogido entre el cálculo de probabilidades y yo."*

En cierta manera, también nosotros tenemos experiencia de eso, de esta **oposición** entre vivir según los valores del Evangelio (fundamentados en los derechos y valores humanos) y los "contra-valores" de una sociedad que a veces parece mostrarse insensible a la trascendencia de la persona, ridiculizando todo aquello que respira fe, espíritu, plegaria, servicio a los otros, amor desinteresado, gratuidad ... Jesús mismo ya nos lo advirtió, no nos extrañamos. Y hoy nos repite de nuevo: "No tengáis miedo". Incluso, algunos que han dado la vida por ser coherentes con estos valores, siendo testigos de Cristo y de su Evangelio, no han negado nunca que en el fondo nos da miedo el darnos. Un terrible instinto de conservación nos amenaza cuando tenemos que optar por el compromiso. Nos da miedo implicarnos y preferimos mirar los hechos desde la barrera; transitar por la vida como turistas, como aquél que va de vacaciones y se lleva de cada sitio unas cuantas fotografías de recuerdo.

El Evangelio de Jesús no hace vacaciones, y no hace por la sencilla razón de que Dios no ha pasado por este mundo como un turista sino que se ha implicado a fondo en nuestra historia personal y colectiva, porque a sus ojos valemos mucho más que todos los pájaros juntos y hemos sido dignos de ser tan amados que ha enviado a su Hijo para que participemos de la misma vida de Dios. Y cómo dice el apóstol: "Si Dios está con nosotros, ¿quien estará contra nosotros?" (Rm 8,31).

No se extraña que Jesús insista en que no tengamos miedo. Solemos pensar que lo contrario del miedo es la valentía. Pero Jesús, como a los discípulos, nos invita, no a la valentía sino a la confianza; a aquella confianza que va más allá de nosotros mismos y encuentra su fundamento en la fe que nos abre al sentido de la providencia, nos infunde la paz interior, y nos hace sentirnos seguros de que nada tenemos que perder si estamos en manos del Dios que nos ama".

He aquí el antídoto contra el miedo, la fuente que dinamiza la misión del cristiano, la razón por la cual, en su debilidad humana, el creyente se siente fuerte con la misma fuerza de Cristo (cf. 2Cor 12, 9-10).